lla carga embarazosa y entregarse á sus anchas á los regocijos de la fiesta.

El preso, por su parte, seguia cabizbajo y preocupado sin tomar las riendas de su cabalgadura que caminaba tambien con la cabeza caida, como animal de recua, ó como si tambien para el caballo fuese carga poco lisonjera la de aquella especie de fiera vestida de plata.

CAPITULO XXXI.

EN EL QUE SE CONOCE LA UTILIDAD DE UN CERTIFICADO PEDIDO À TIEMPO.

INDESCRIBIBLE fué el regocijo de los paseantes, que prorumpian en gritos de sorpresa y de alegría á cada accidente, á cada manifestacion del aprecio con que eran recibidos.

La casa de la hacienda, recientemente reedificada, tenia un aspecto de alegría á la vez que de magnificencia, que convidaba con sus mil comodidades á habitar en ella.

Grandes patios cercados por amplios corredores, espaciosas habitaciones antiguas, en las cuales se notaba to-

davía alguna que otra puerta, cuya parte alta ostentaba la forma de una gran concha, y en otras un frontispicio en donde estuvieron esculpidas las armas de España entre dos ángeles de piedra sin narices y sin manos, pero atestiguando con sus menoscabadas formas la veneracion de los antiguos poseedores por su rey y señor.

Cárlos habia querido conservar aquellos vestigios, que patentizaban la antigüedad y nobleza de los ascendientes de Chona, de manera que aun habia poyos revestidos con azulejos, cocina con brasero, y lavaderos de estilo monástico, baño en forma de *placer* y otra porcion de recuerdos que no habia sido dado á la mano del arquitecto trocar por otra construccion.

Habia una sala decorada al estilo moderno, aunque con los muebles desechados de la casa de México por ser de menos gusto que los actuales; pero en algunas piezas permanecian aún los sillones de caoba maciza con asientos de baqueta, las pantallas formadas con trozos de espejo, las mesas de bálsamo con patas de leon y goteras de ondas, algunos grandes cuadros pintados al óleo, ennegrecidos por el tiempo y colocados todavía en sus primitivos marcos de madera tallada de estilo churrigueresco.

Habia tambien algunas astas de venado que recordaban las cacerías, no con trompetas ni trahillas, sino los solaces poco ostentosos de los antiguos dueños, ó la acertada puntería del niño grande de la hacienda, que habia matado su venado en sus primeras vacaciones hacia muchos años.

Todo fué objeto de estudio y de curiosidad para las visitas, quienes por todas partes encontraban objetos raros en que fijarse y que cada cual comentaba á sus manera.

Castaños y Anita, que como sabemos eran muy curiosos, representaban netamente esa parte de nuestra sociedad que cogida por la red de una ignorancia supina, ha sabido adquirir cierto aire de suficiencia, y cierto aplomo para la mas necia crítica; y poniéndose sobre todo lo que la rodea, se convierte en censora perenne de cuanto se le pone delante.

Estos entes son refractarios á todas las impresiones de lo maravilloso y de lo grande; nunca se conmueven, y son frios por cálculo mas que por temperamento: temiendo siempre elogiar una barbaridad, se rien de lo que no es risible, y no elogian sino despues de haber pillado su opinion á personas que les merecen crédito.

Castaños y Anita «eran así.»

Para Castaños era malo todo lo de México y sublime todo lo de Europa, en cuyos países creia de buena fé que no habia mas que maravillas, y para cuyo progreso tenia Castaños unas tragaderas, que daba por cosa olvidada la navegacion aérea, y todas las hipotésis y las aspiraciones de la ciencia.

Castaños «era así.»

Anita era su eco, y Castaños era el oráculo de aquella muger llena de suficiencia y de una ignorancia incorregible, porque á su vez tambien Anita «era así.»

Se rieron los dos de los sillones y de los azulejos, y creyeron que todo aquello eran lunares de la casa.

Los filarmónicos, apenas se hubieron lavado las manos, se apoderaron del piano, que estaba acabado de afinar.

Castaños exclamó con énfasis:

—¡Qué desafinados están los tiples!

—Está el piano insoportable, repitió Anita.

Esto lo estaba diciendo delante de un señor enjuto de carnes y de grandes orejas, que tenia en la mano la llave de las clavijas del piano y á quien se habia obligado á adelantarse á los viajeros, con el exclusivo objeto de afinar el piano.

—Ha quedado usted perfectamente, señor Villalvazo, le dijo al afinador uno de los filarmónicos, cuando acabó de ejecutar una pieza de Aniceto Ortega.

—¡Qué bárbaro! dijo Castaños al paño á Anita.

—¿Lo oyó usted?

—Sí.

—¡Y así se llaman filarmónicos estos hombres!

—En Europa no hubiera sido esto tolerable, hubieran llevado al afinador ante los tribunales.

—¡Lástima de dinero! exclamó Anita fingiendo que la risa no la dejaba ni hablar.

Todo lo cual no tenia otra explicacion sino que Anita y Castaños «eran así».

Pasadas las primeras impresiones del recibimiento y del exámen de la casa, vino á poner en movimiento y observacion á aquellas gentes, la circunstancia de haber entrado al patio de la hacienda, los jinetes que traian preso al ladron.

La mayor parte de los concurrentes salieron á los corredores, para ver de cerca al bandido; algunas niñas pusilánimes corrieron á esconderse como si hubieran anunciado la aparicion de un tigre, y Cárlos conociendo que aquella escena podria cambiar en disgusto la alegría de sus convidados, llamó á uno de los de la escolta y le dijo:

—¿Quien ha dado á ustedes órden de traer aquí al preso?

—*Pos* nosotros dijimos, señor amo, que aquí debiamos traerlo.

—¿Aquí, para qué?

—*Pos* el amo don Homobono, nos mandó decir que á la hacienda grande.

—Bien está, pero el reo vendrá consignado á alguna autoridad.

—En eso, señor amo, nosotros no sabemos y su merced dirá.

—Será bueno, agregó el administrador, que se lleven á este hombre ante la autoridad.

—*Pos* como sus mercedes dispongan, dijo el ginete que sostenia su sombrero con la mano derecha, á corta distancia de la cabeza.

Entretanto el reo habia fijado una mirada escudriñadora al administrador y á Cárlos, y luego bajándose violentamente el embozo del jorongo que le cubria toda

la cara, saltó del caballo y casi de un saltoy á pesar de la escolta estuvo frente á C rlos.

Este salto acabó de desmoralizar á los espectadores tímidos, que creyeron ver en él una agresion, y hasta Castaños retrocedió dos pasos.

Permaneció el bandido unos cortos momentos frente á Cárlos, fijándole aun la vista y en seguida se descubrió quitándose su rico sombrero.

—¡Será cierto! exclamó el administrador.

—Sí, señor; es cierto, soy yo: dijo el bandido.

—¡José María Gomez! exclamó de nuevo el administrador.

—El mismo, para servir á usted; dijo Gomez dejando vagar en sus lábios una sonrisa, que bien podia interpretarse como el signo de una perfecta tranquilidad.

—¿Gomez? repitió Cárlos, no pudiendo dar crédito á lo que estaba viendo.

Gomez tendia la mano al administrador y este vacilaba en aceptarla.

—Puede usted tomarla con confianza, señor administrador; soy José María Gomez, su amigo de usted y que respeta al amo todavía.

El adminstrador aceptó la mano de Gomez.

Los curiosos se habian ido acercando poco á poco.

—¿Pero usted, Gomez?..... dijo de nuevo el administrador, usted.....

—Que quiere usted señor, á todo el mundo le puede suceder una desgracia. Yo venia caminando solo, acordándome del amo, y como se decia por donde quiera que venian los amos y como hace tanto tiempo que no los veo, dije, pues voy á saludar á los patrones y á ver como están de salud.

—Entonces..... interrumpió Cárlos.

—Entonces estos señores, dijo Gomez señalando la escolta, me marcaron el alto; y como el que nada debe, nada teme, me paré.—Eche pié á tierra.—Adios ¿y porqué? les dije.—Ya lo sabrá con la justicia.—¿Y yo de qué? —Jale por ahí—me dijeron, y jalé.—Pero oiga, amigo, le dije al de la escolta, y usted por qué me lleva? y el señor me dijo que porque habian robado anoche, y que el juez mandaba que aprehendieran á todos; y dije: pues vaya, al fin voy *pa* la hacienda grande, pos nos iremos juntos.—A ver las armas, me dijo otro.—Adios, posqué les he de hacer, les dije, y con perdon de usted, me dijeron una mala razon—y yo, la verdad, como estaban de *á bola* y metiendo luego luego los caballos y poniéndome las armas en la cara, dije, pues vamos, que al fin el amo me conoce y está satisfecho de mi persona; y dije *pos* en llegando cuando no me sueltan; *pos* donde mejor hemos de ir que á la hacienda grande ¡vaya! pues allá es como mi casa....

Cárlos estaba perplejo.

—¿A donde aprehendieron al señor? preguntó Cárlos al de la escolta.

—Pues bajando la loma.

—¿Iba solo?

—Pos solo y su alma.

—¿Quiere decir que á ustedes no les consta que la persona que traen, es de los que atacaron anoche los coches?

—Pues eso yo creo que lo averiguarán en el juzgado.

—¿Pero entre ustedes, insistió Cárlos, no hay quien haya presenciado.....

—En cuanto á testigos, dijo el de la escolta, pos la verdad no le diré á su merced que los haya, pero como el señor venia por la loma.....

—¿Y qué? le preguntó Gomez acompañando á la palabra una mirada fija á su interlocutor.

—Nada, señor; sino que como el señor iba y no..... pues como no lo conocen por aquí.

—Es que yo conozco al señor, dijo el administrador en tono que empezaba á tener el carácter de reconvencion.

El ginete de la escolta se encogió de hombros.

—Sus mercedes dirán si á pesar de la equivocacion, hemos de ir á ver al juez.

Cárlos y el administrador se vieron como consultándose y al fin Cárlos dijo:

—En fin, por mi parte no puedo creer que Gomez en el tiempo que hace que no viene por aquí, haya cambiado de conducta, y ya usted ve, continuó dirigiéndose al administrador, ya usted ve que Gomez ha sido sentido por nosotros, porque nos consta su honradez.

—¡Ah! en cuanto á eso, dijo el administrador, yo dudaba al pronto de que fuera el mismo.

—Cabalmente, dijo Gomez, traigo la carta del amo que me la eché en la bolsa, para manifestarle que siempre me acuerdo de sus favores.

Gomez sacó su carta de una pequeña cartera que ocultaba en el sombrero.

Ante aquella prueba, desaparecieron las dudas de Cárlos y el administrador.

Cárlos se dirigió entonces á las personas que lo rodeaban y les dijo:

—Señores, parece fuera de toda duda que estos muchachos han cometido una equivocacion aprehendiendo al señor, que es José Maria Gomez, persona cuya honradez nos consta por haberla probado en mil ocasiones en esta propia finca, de la que ha sido mayordomo.

Una estrepitosa carcajada de Castaños acabó con la ambigüedad de aquella escena y desde el momento en que se trató de reirse, no hubo ya quien siquiera vacilara acerca de que aquel señor Gomez habia sido simplemente víctima de una equivocacion.

—¿Qué sucedió? preguntaban por todas partes.

—Nada, ha sido un chasco.

—¿Por qué?

—Pues si es Gomez.

—¿Quién es Gomez?

—Ese señor.

—¿El ladron?

—Cállese usted, hombre, si no es ladron, es una perso-

na honrada que ha estado empleada en la hacienda y lo conoce el señor D. Cárlos.

—¿Es posible?

—Sí, señor.

—¡Vaya un chasco!

—A la verdad, pesado.

—¿Con que es Gomez?

—Gomez, el mismo.

—¿Ya sabe usted?

—¿Qué, que no es ladron?

—No, es Gomez.

—¡Ah! ¿pues sabe usted que es un gregorito?

Estas y otra multitud de voces, circulaban por todas partes, entre las risas y la sorpresa de los convidados.

—Pueden retirarse, dijo al fin Cárlos á la escolta.

El que habia sido interpelado, se apresuró á entregar á Gomez su caballo; otro le volvió su pistola, el de mas allá su cuarta y su reata y otro sus espuelas y su espada.

—Vaya, amigos, Dios se los pague y con su permiso, patron, dijo en un paréntesis, dirigiéndose á Cárlos; ahí están esos medios para que se los tomen de vino.

Y metiendo mano á la honda bolsa de sus calzoneras, entregó al primero de sus guardianes una suma como de doce pesos.

El administrador repuesto de su primera sorpresa, tendió sus brazos á Gomez y se abrazaron.

Cárlos se habia separado de Gomez, para hablar con sus convidados.

—¿Qué pasa? le preguntaban algunos.

—¿Qué hay?

—¿Quién es?

—Es José María Gomez, un hombre muy honrado que ha sido mayordomo de la hacienda.

Entretanto habian rodeado á Gomez algunos de los sirvientes que lo habian reconocido, y los convidados comenzaron á dispersarse, dirigiéndose á sus respectivas habitaciones.

—Señor D. Cárlos, dijo Castaños tomando un tono grave y hablando muy bajo. ¿Está usted seguro de que ese hombre es efectivamente José María Gomez, y el mismo que fué dependiente de la casa?

—Sí, señor Castaños, contestó Cárlos y estoy enteramente seguro de su honradez; sobre que no hemos vuelto á tener otro dependiente mejor que Gomez.

—Es que..... decia yo; que pudiera no ser el mismo.

—Sobre que trae la misma carta firmada por mí y que le dí cuando se separó de mi casa.

—Yo extraño, insistió Castaños, que estos muchachos que lo atraparon, hayan podido padecer una equivocacion tan punible.

—Nada mas fácil.

—Es que ellos conocen mas que nosotros á esa gente.

—Vea usted, Castaños, el traje, el buen caballo que trae Gomez, y el ser desconocido de los criados de Don

Homobono, son motivos suficientes para explicarse la equivocacion; ademas, esto pasaba en momentos en que estos muchachos tenian empeño en quedar bien con nosotros: esta es otra circunstancia que disculpa el error: tal vez, señor Castaños, los mismos muchachos lo han aprehendido á sabiendas de que es inocente.

—Precisamente en eso me fundo para creer, que acaso la equivocacion está mas bien de nuestra parte.

—¿Por qué?

—¿Ve usted aquel criado que habla con otros dos?

—Sí.

—Pues á ese le acabo de oir decir, que está seguro de que el tal D. José María Gomez, es un ladron de cuenta.

—¿Es posible?

—Sí, señor D. Cárlos.

—No lo crea usted, yo conozco bien á Gomez; solo que últimamente haya dado en malearse..... en fin, veremos.

—En todo caso será conveniente que hable usted con ese criado, y tal vez de sus aseveraciones se pueda deducir la verdad.

—En efecto, y aun cuando no sea sino por una simple precaucion, le daré á usted gusto, señor Castaños.

Cárlos en seguida mandó llamar al criado que le habia indicado Castaños, y se retiró para hablar con él á solas.

Poco á poco fué despejándose el patio y ya solo quedaban en él algunos criados, cuando se pudo notar que Gomez, no muy lejos de un grupo de peones, hablaba con un varillero.

—Un par de mancuernas, lápices, cortaplumas, tijeras muy finas, decia en voz chillona el varillero, y luego agregaba bajando la voz, y enseñando á Gomez algun objeto: —Aquí lo entregan, patron.—Plumas de acero, llaves para relojes.—Yo sé lo que le digo, sáquese pronto.—Cerillos del ruido y del silencio, un par de ligas para la señorita.

Gomez, disimulando, fingia reconocer los objetos que le mostraba el varillero, y cada vez que tenia que decirle algo, se inclinaba hácia la vidriera del cajon de las chácharas.

—Ya saben lo del muchacho en la otra hacienda y hay exhorto.—Navajas de afeitar, patroncito.

—¿Y saben donde está? preguntó Gomez.

—[No, patron;] Unas tijeras [pero saben que usted y el Pájaro.....] son muy finas, patron.

—¡Adios! ¿Y cómo lo saben?

—Es lo menos, veinte riales; [Pues como siempre cogieron á Celso.....] Son de cuatro hojas, señor amo.

—¿Qué de veras?

—Eso nos cuestan y no ganamos nada. [¿Pues no? si por eso vine;] Es lo menos, patron, [yo sé lo que le digo; sáquese.]

—Espéreme por ahí.

Gomez dió algunas monedas al varillero, fingiendo que se guardaba algunos objetos, y se dirigió con paso firme hácia el lugar por donde habia desaparecido Cárlos.

CAPITULO XXXII.

DE LO QUE LES HABIA SUCEDIDO Á GABRIEL Y Á DON SANTIAGO.

POR comprometida que sea la situacion en que se encuentran varios de los personajes de esta historia, nos vemos precisados á conducir al lector cerca de Gabriel y de D. Santiago, á quienes hemos dejado hace tiempo en situacion no menos difícil y angustiosa.

No pudo calcular el pobre niño el tiempo que trascurriria desde el momento en que la luz de la aurora hirió sus pupilas al traves de sus párpados cerrados.

Despues de aquel momento, la penumbra rojiza, que